

CAPÍTULO XI

Tierra-adentro.— ¿Cuáles son las ventajas que ofrece á la república un liberalismo tan avanzado? — Ciudad de la Plata. — Memorias de un párroco benéfico. — Ideas liberales llevadas hasta el *ultra*; ¿qué producen en los pueblos? — Arrojo de un muchacho en el río Magdalena. — El Paez unido al Magdalena. — Alojamiento en familia. — Neiva. — Sastre que dogmatizaba en favor de los principios protestantes. — ¿Por qué causas había emprendido esta propaganda? — Lo que algunos practican en política, aquel sastre lo hacía en religión.

Los hombres públicos que se propusieron constituir las naciones americanas sobre bases liberales, no previeron quizá los funestos resultados que habría de producir su sistema. En la Nueva Granada, en Bolivia y en el Perú se declaró el derecho de sufragio universal, y al momento individuos tan faltos de antecedentes recomendables como de ese prestigio que concede á los buenos ciudadanos su mérito personal, se presentaron solicitando los votos de ciudadanos semibárbaros en cuyas manos habían puesto los que se decían *hombres de Estado* la suerte de la república. De esta manera no hubo puesto importante que no fuese vulnerable para la ambición puesta

en campaña para combatir hasta tomarlo. Las cámaras legislativas, los altos empleos de la magistratura y el mas elevado aun de presidente de la república fueron en mas de una ocasión fruto de intrigas bajas, de pasiones azuzadas en una muchedumbre ignorante, y presa también de hombres audaces que la conciencia de los ciudadanos sensatos excluía de los puestos que asalataban.

Un cacique disponia en «Tierra-adentro» de muy crecido número de votos y estos influían decisivamente en las elecciones del departamento. Muy pocos de los votantes conocían el alfabeto y ménos aun lo que significaban las boletas que recibían de su amo para depositar en la urna electoral. Este además no habría tolerado que alguno de aquellos individuos contradijese su opinión, votando por candidatos que no fuesen de su agrado. Eran, no obstante, todos ellos ciudadanos granadinos y la ley protegía su libertad como electores. De este modo se eluden en América las leyes y ordinariamente no es el pueblo quien elige sus mandatarios sino la autoridad quien los impone, y muchas veces contrariando la voluntad mas firme de los pueblos. El que mandaba en «Tierra-adentro» no necesitaba ni aun pedir á sus gobernados su consentimiento para contraer compromisos con los candidatos que protegía; los sufragios eran depositados en la urna tales como los habían recibido y esto el que mandaba y los que obedecían lo consideraban como un deber de conciencia.

¿Y cuáles son las ventajas que ofrece á la república ese liberalismo tan avanzado que otorga indistintamente

el derecho de sufragio á todos los ciudadanos? Si todos estos fuesen instruidos, y capaces sus inteligencias de discernir con provecho lo que es conveniente y lo que es perjudicial á la república, aquella medida en muchos casos salvaria las instituciones de los golpes de un poder arbitrario; pero en hombres ignorantes y que obedecen ciegamente las órdenes de quien los gobierna, entre hombres, repetimos, que ni aun conocen las funciones augustas que ejercen al depositar en la urna su voto, la universalidad del sufragio equivale á entronizar y á afianzar el poder y la influencia de unos pocos, con perjuicio de los intereses de la mayoría inteligente; á ahogar el grito de los hombres de carácter llamados por su virtud y su capacidad á influir en los negocios públicos; á detener el progreso de la república en la barrera que le opondrán la ignorancia y los vicios de la muchedumbre capitaneada por demagogos ó por caudillos versados en el arte de conmover á su antojo los pueblos, y en fin, á poner la libertad nacional á merced de los que ni conocen su dignidad, ni saben respetar sus fueros.

La ciudad de la Plata que los españoles formaron como centro de sus conquistas en aquella parte del Nuevo Mundo, ofrece hoy el cuadro melancólico que los sepulcros presentan al hombre donde quiera que los encuentra. Arruinada hasta sus fundamentos por los indios huagueros en tiempos muy remotos de los nuestros, jamás volvió á recuperar su antiguo esplendor. Abandonada después á los arbitrios de sus vecinos y abatida la agricultura que forma su principal riqueza, su decadencia ha

marchado rápidamente hasta no contar por vecinos sino un número pequeño de agricultores y otro mucho más considerable de pobres á quienes la falta de arbitrios para vivir los hace de la misma condicion que los mendigos. Entre las casas pobres y mal acondicionadas que forman la poblacion, se eleva un edificio majestuoso pero sin acabar. El tiempo principia á destruir sus paredes bastante elevadas, las cuales concluirán por desplomarse si no se procura prevenir su ruina. Una construccion de tal naturaleza, en medio de un pueblo tan humilde y reducido, me llamó la atencion, y preguntando su motivo supe que un párroco celoso y venerable que tuvo la ciudad de la Plata al principio del siglo presente, comenzó á levantar un gran templo que sirviese de parroquia á la poblacion, y contiguo á él un pequeño seminario para educar clérigos para aquella provincia. Cuando la obra estuvo en el estado en que hoy se ve, sobrevino la revolucion, y el virtuoso sacerdote, acusado como republicano, fué arrastrado por los españoles á una prision y confinado después al destierro, donde murió dejando incompleta la grandiosa obra que tenia iniciada.

Cuando pasaba yo por la Plata encontré vivos y palpables los efectos de ese entusiasmo loco á que se entregan hombres decididos á trabajar por el triunfo de las ideas de los atrevidos que conmueven las masas ignorantes. La Plata, Neiva y los pueblos vecinos á estas ciudades parecian dominados por el partido democrático y este contaba triunfar allí seguramente. En los lugares más públicos de la primera de aquellas poblaciones se veía escrito con grandes letras como candidato para la pre-

sidencia de la república el nombre del ministro de Estado que calificaba de « retozos de la democracia » los horribles vejámenes y los crímenes horrendos de que eran víctimas los pueblos del Cauca. Muchas proclamas habían sido distribuidas á los electores, y en estas los que patrocinaban la candidatura democrática prometían mil cosas tan lisonjeras para el amor propio de aquellos á quienes se hacían, como difíciles de cumplir para los que las ofrecían. La Plata no tenía escuelas, no tenía caminos, no tenía puentes, nada tenía y todo se le prometía á nombre del candidato rojo, gólgota y democrático. Mas al hacerse esas promesas no podía haber buena fe, desde que los mismos que tantas y tan hermosas obras prometían, en las discusiones parlamentarias, en las memorias ministeriales y en otros actos oficiales declararon « que los gobiernos no deben tener ingerencia ni en las escuelas, ni en los caminos públicos, ni en los puentes, sino que todo esto debe ser en los estados objeto de especulaciones particulares. » Y esta doctrina neta de los prohombres del partido rojo la veían los pueblos puesta en práctica en el abandono total que sufren en la Nueva Granada esos elementos de prosperidad pública. Desde que palparon, repetimos, que los efectos de las ideas liberales llevadas hasta el *ultra* no producen á los pueblos mas que atraso, decadencia y descrédito, ya no les quedó duda de que los *retozos de la democracia*, generalizados en toda la extensión de la república, transformarían á la nación granadina en un pueblo de hotentotes. Difícilmente podrá llevarse tan adelante la exageración de ideas en la Nueva Granada

como cuando Lopez y Obando estuvieron á la cabeza de la administración, y sin embargo, nada se hizo entonces en favor de los pueblos, y la licencia que se autorizó en favor de unos ciudadanos fué esclavizando y haciendo servir de víctimas á los demas.

Acababa de pasar en tarabita el rio la Plata y me preparaba para pasar tambien el Magdalena que, á pesar de comenzar entonces recientemente su carrera precipitándose de la montaña, se nos presentaba grande y torrencioso deteniendo nuestra marcha. Mientras que preparaban la embarcación para pasarnos á la ribera opuesta, un muchacho se encargó de conducir nuestras bestias atravesando á nado la corriente. Cuando esto ejecutaba, una de las mulas, ménos fuerte ó ménos acostumbrada á nadar que las demas, era llevada por las aguas á uno de los canales que se veían en la corriente. El conductor, montando sin titubear en un madero que llevaba consigo y sirviéndose de su brazo derecho como de un remo, se precipitó en el canal mismo y, con maestría admirable, se colocó sobre la mula y la desvió del abismo á que era arrastrada. Ese pobre exponía así su vida por medio real, pues que tal era el precio que ganaba por pasar cada bestia de una ribera á la otra del caudaloso Magdalena. Este majestuoso rio recibe en su dilatado seno al Paez, y la confluencia de ambos me fué necesario atravesar pocas horas despues. Aquí se me ofrecieron dificultades de otro género. Ningun hombre aparecía para traer la embarcación que estaba en la ribera opuesta; la noche mientras tanto venía de prisa, oscura y nebulosa; casi no había luz alguna cuando en

una pequeña canoa entramos al río, y al concluir la travesía apenas podían distinguirse los objetos mas inmediatos con la escasísima luz de un fósforo. Considerando tantos obstáculos como encuentran los que viajan por la Nueva Granada, se conoce fácilmente la causa de la estagnación en que yace un país tan rico, y llamado á desempeñar uno de los mas importantes lugares entre los Estados del Nuevo Mundo. Miétras que los hombres que influyen en su administración quieran que los elementos de bienestar público sean resultado de los negocios de especuladores, mejor que de los desvelos de una administración prudente y celosa, el territorio granadino permanecerá en el mismo estado en que hoy se encuentra. ¿Se quiere que los puentes, caminos y canales sean hechos por empresas particulares ó fruto de especulaciones? Pero estas empresas jamas pueden realizarse en países que no cuentan con el primer elemento que buscan las sociedades que suelen fundarse para llevar á cabo empresas de esa clase; no pueden realizarse, decimos, por extranjeros que no tienen confianza en la situación del país, ni por los naturales que carecen de capital para emprenderlas.

Era avanzada ya la noche, pero tuve sin embargo que continuar por medio de una espesísima montaña para buscar dónde descansar despues de doce horas de camino áspero y fragoso. El *colegio*, lugar que perteneció en otra época á la Compañía y cuyos edificios hoy no son sino chozas miserables, era el lugar adonde me conducía mi guía. Llegando allí el dueño de casa, me protestó que no habia sitio para nosotros, á no ser que entrásemos en

familia. ¿Pero qué llamaba él en familia? Vivir bajo el mismo techo y en la choza misma que abrigaba á los cerdos y á los perros, á los gatos y conejos, que moraban en compañía de los dueños de casa y de su pobre familia. No acepté su invitación, y preferí quedarme fuera aguardando que amaneciese y reposasen nuestras bestias.

Desde el principio de la revolución que trasformó en repúblicas los vireinatos y las capitánias generales de la corona de España en las Américas, la provincia de Neiva se hizo distinguir por las ideas exaltadas de sus habitantes. Apenas se proclamó en la Nueva Granada la independencia y libertad nacional, cuando Neiva, siguiendo el ejemplo de otras provincias, quiso gobernarse por el sistema federal, sus pueblos quisieron también ser federales, y hasta los propietarios de haciendas llamaron federal el territorio de su propiedad y armaron á sus inquilinos para resistir á los magistrados cuya autoridad desconocían. Este desorden facilitó al ejército español la reconquista y malogró los esfuerzos de los que con verdadero patriotismo trabajaban por la independencia nacional. Empero, ese espíritu de rebelión contra la autoridad que apenas asomó su cabeza monstruosa cuando inutilizó los esfuerzos de los buenos, hoy mas robusto y mas propagado, no tan solo precipita á algunos ciudadanos á excesos que las leyes deben reprimir en el orden político, sino también impulsa á cometer otros contra el orden religioso que repugnan al sentimiento católico y castigan severamente las leyes de la Iglesia. Algunos hemos dicho y volvemos á decir, pues los que proclaman ideas anárquicas, los que desconocen el

derecho de la autoridad y los que, aun cuando se dicen católicos, sin tener sujecion á los principios del catolicismo, son tan escasos, que en las últimas elecciones (1) obtuvieron apenas cincuenta y tantos votos para sus candidatos en la ciudad de Neiva. Estamos seguros ademas en que en ese número escaso habrá algunos en quienes obran los intereses de partidos políticos mas bien que el extravio de sus creencias religiosas, porque, no obstante que se ha dicho que « los hispano-americanos son católicos solamente de nombre, pero que en realidad nada son sino hombres invadidos por la licencia de espíritu y por la impiedad (2), » yo abrigo convicciones opuestas y que he formado conociendo y estudiando las opiniones y las tendencias de los pueblos americanos. Los que de ese modo ultrajan la fe de veinticinco millones de católicos y manchan su reputacion con la infame nota de licenciosos é impios, no conocen de los países, ni de los ciudadanos de la América española sino lo que existe en todas partes, — lo malo, — pero no es lógico juzgar del todo por una parte ni atribuir á toda una sociedad, á toda una república, á todo un continente, los vicios de algunos de sus miembros.

Un sastre se hizo en Neiva el corifeo de una nueva propaganda que procuró extender entre la gente sencilla de la poblacion. Su primer ensayo fué publicar un ser-

(1) Agosto de 1857. Este hecho lo hemos encontrado en una publicacion hecha en Bogotá. 1859.

(2) Catholiques de nom, ils sont envahis par la licence d'esprit et l'impiété. M. Guizot, *Introduction à l'histoire de la naissance et de la fondation de la république des Provinces-Unies*, par M. John Lothrop Motley.

mon del ministro protestante de Bogotá « sobre la necesidad de leer y estudiar la santa Biblia. » Habria sido antes necesario principiar por enseñar el abecedario á la mayoría de esa misma gente cuya conversion emprendia el nuevo ministro bíblico. El pueblo de Neiva, católico de corazón, no pudo tolerar este agravio que hacia á su fe un hombre que servia de instrumento á pasiones ajenas, y el propagandista huyó de Neiva llevándose los sermones que le acarrearón la pérdida de su hogar concitando contra él la irritacion de sus conciudadanos. Ninguna influencia extraña intervino en este caso para esa actitud hostil que desplegaron aquellos contra quien se proponia pervertir la fe del pueblo y trasformar á los católicos en protestantes. Empero, no sucedia lo mismo con el nuevo ministro bíblico. Sus pasiones estaban irritadas y herida su susceptibilidad por algunas defecciones que sufría su partido político y que se atribuían á la influencia de hombres del santuario. Sin mirar otra cosa, el pobre sastre concibió el proyecto de debilitar el poder de la Iglesia arrebatándole sus creyentes. Se puso en comunicacion con un ministro protestante, que á la sazón se encontraba en Bogotá organizando su propaganda anglicana, y recibiendo de aquel como título que acreditase su mision para evangelizar á los de Neiva el sermón susodicho, cuidó de reimprimirlo y esparcirlo por el pueblo. Mas el que creía conmover las masas predicándoles un sistema nuevo de religion, debilitar el poder de la Iglesia emancipándole sus fieles y constituirse en oráculo sagrado para hablar á los hombres en el negocio mas impor-

tante de que podrán jamas ocuparse, vió levantada contra sí la indignacion general y que las mujeres, los niños y los hombres del pueblo, con risa irónica y á grito herido le pedian « sermones » cada vez que lo divisaban.

El sastre de Neiva practicaba en religion lo que ordinariamente no pocos hacen en política. Los intereses personales, las amistades, las injurias recibidas producen en América cambios de opiniones, y no pocas veces complican la situacion de los partidos é influyen en la suerte de las repúblicas. Una triste verdad pone de manifiesto este tan extraño proceder, y es que no pocos de los que se dicen partidarios de tal ó cual sistema sin haber formado conciencia sobre él, lo siguen solamente porque conviene á sus intereses ó está en armonía con sus relaciones ó con sus simpatías. ¿Y podrán acaso progresar las naciones mientras su suerte esté librada á hombres que proceden de ese modo? No, y mil veces no; la prosperidad de los Estados no pueden causarla sino los hombres independientes; los que no ven ni hablan sino por los ojos y por la boca de los que mandan, son en todas las naciones sometidas al régimen representativo un elemento funesto, y mientras este aparezca en las cámaras donde se discuten las leyes, en los consejos que las sancionan, en los tribunales que juzgan y las aplican y en los círculos políticos que influyen en la marcha de los que gobiernan, no reinará la verdad en los gabinetes de Estado, ni en las altas regiones del poder. Por desgracia, no son pocos los gobiernos de América que alimentan en su seno esta verdadera plaga, plaga que léjos de conciliarles el prestigio de que necesitan los que administran la cosa pública, les

enajena la opinion de los hombres de orden. Estos no querrán jamas ver á los altos magistrados de la nacion rodeados de hombres oscuros y sin conciencia; nõ querrán jamas que ocupe asiento entre los representantes de los pueblos ninguno que no tenga opinion propia; ni querrán jamas que retracten mañana requeridos por el gobierno lo que hoy votaron obedeciendo á sus propias convicciones. Un gobierno que no pretende sino administrar justicia y arreglar á la ley sus movimientos, que respeta la opinion pública en el grado que merece y se rodea de los hombres que gozan de concepto entre sus conciudadanos, aleja de sí aquellos instrumentos de partido y mira con repugnancia á los que todo hombre honrado mirará cuando mas con compasion. Los que venden su conciencia á los que mandan, venden con ella su reputacion, que no puede conservar sin mengua quien no es dueño de los actos mas solemnes de su vida pública.

